



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año VII | Número 24 | Agosto 2026

La epidemia de los escritores

Antonio Correa Iglesias¹

ancoiglesias@gmail.com

¹ Profesor, Filósofo y Escritor. Coordinador del Programa de Filosofía y Ética en Cuba, Universidad de Miami. Asesor y tutor de tesis de doctorados, Multiversidad Edgar Morin, Mexico. Fundador/MRG de C&B Art Collection LLC. Asesor editorial/ columnista revista CdeCuba Art Magazine, Valencia, España. Columnista, Hypermedia Magazine. Colaborador de la Revista El Estornudo.

I

Hay épocas en las que prevalece la escasez, otras en las que los excesos predominan; la nuestra es una época plagada de abundancias. La publicación exponencial de libros, las plataformas para su divulgación, los talleres de escritura, los concursos literarios o no han permitido que un volumen sin precedentes de personas, sin ser escritores, en el sentido profesional del oficio, escriban y pretendan ser reconocidas como tales. Lo que durante siglos fue considerado un oficio arduo, una disciplina de aprendizaje largo y tedioso, una exigencia intelectual, intenta transformarse hoy en inmediatez. El objetivo es contar una historia, como si toda historia mereciera ser contada o escrita. ¿Es necesario saber escribir hoy para contar una historia? ¿Es necesario escribir una historia o basta solo pedirle a otro que la escriba? ¿Ese otro es humano? ¿Qué distingue a un escritor de alguien que simplemente escribe? ¿Se vacía de contenido la figura del escritor? ¿Para qué sirve hoy un escritor?

La noción de escritor ha estado asociada inexorablemente a la noción de autor². Hoy la cuestión no es tanto quién es el autor, sino más bien cómo se produce técnicamente un lenguaje, es decir, un lenguaje como algoritmo que imita un estilo. La cuestión entonces ya no es estética, sino ontológica; por tanto, la pregunta no es quién escribe mejor, sino qué significa hoy escribir.

La ilusión que ha traído aparejada la democratización tecnológica ha hecho pensar a muchos que disponer de una cámara en su teléfono inteligente los convierte en fotógrafos, derramar pintura en un lienzo y capturar esta acción en un video de TikTok los hace pintores y, por disponer de un software de IA, los hace escritores. Lo que democratiza una tecnología es solo el acceso a una herramienta, no al conocimiento para ejercer desde un oficio. De modo que tamaña aberración solo puede ser comparada con una necesidad perentoria de visibilidad y reconocimiento más que con una afirmación de orden ontológico. Decimos “escritor” con la misma ligereza que decimos “creador de contenido”. El libro entonces deja de ser consecuencia de una vida intelectual para terminar convirtiéndose en instrumento de promoción personal. Ya no vale haber aprendido a escribir, lo relevante es

² "¿Qué es un autor? (Foucault, 1969/1987)

afirmar que se ha publicado, lo cual presupone un profundo cambio en la comprensión del conocimiento.

La cultura continental europea ha sustentado su sentido de trascendentalidad en el hecho de escribir como forma de pensar, lo cual presupone que escribir no es un mero recurso de comunicación sino un espacio donde el pensamiento adquiere una forma. Montaigne decía que se escribe para descubrir, no para exponer conclusiones; algo similar ocurre cuando leemos los aforismos de Nietzsche o los diarios de Kafka. Es decir, la escritura como un laboratorio no solo de metáforas. Sin embargo, hoy la lógica se invierte, el texto termina apareciendo antes del pensamiento. Se escribe entonces no para develar una realidad de orden ontológico sino un objeto que no transforma y menos aún dialoga con la inteligencia, la historia y la tradición.

La progresiva desmaterialización física y temporal que *Byung-Chul Han* ha llamado “no-cosas” desplaza el Yo hacia una representación digital, un avatar que redefine la tensión entre la presencia y la simulación. Esta dinámica entroniza una velocidad que termina sustituyendo la reflexión por la productividad; es decir, un espacio saturado en el que todos no solo se parecen, sino que quieren parecerse a todos. Desde el tornero fresador, la rubia de bote agobiada por pronunciar más sus curvas, el “amigo” de Facebook que, como no es atendido por revista o editorial alguna, se derrama kilométricamente, hasta el trol que esconde su identidad y su cobardía profunda con profusos nombres de peloteros o ciclones invisibles; todos y cada uno de ellos, impacientes esperan un *feedback* que llega en los ecos de un ruido de latón. Al mismo tiempo, no se puede dejar de mencionar a los editores que, consumidos muchas veces por la inmediatez, se dejan pasar gatos por libres o lo que es peor, pollo por pescado. El hecho es que cuando se produce este desplazamiento del Yo a una representación digital, el sentido de la trascendencia da paso a lo gestual y lo performativo, del mismo modo que lo intelectual da paso al vacío. Lo mediático entonces ocupa el espacio de lo cotidiano generando un desplazamiento del sujeto de la representación al sujeto de la simulación.

Escribir entonces nunca podría ser reducido a una acción combinatoria de letras o consonantes, menos aún a una operación de orden lingüístico. Escribir es en todo caso un ejercicio del pensamiento. Heidegger decía que «*el lenguaje es la casa del*

ser»; sin embargo, la rubia de bote que se pasea como “*La engañadora*” por las redes mostrando lo que le ha sido implantado, o el tornero fresador que intenta impulsar una historia de superación que pretende ser aleccionadora en su conciencia, ignoran que el lenguaje no se usa del mismo modo que se utiliza un martillo o una computadora. Pensamos con palabras, sí, pero estas no transportan el pensamiento; en todo caso y mediante ellas, es que el pensamiento se hace posible.

Hans-Georg Gadamer enfatizaba el hecho de que toda comprensión acontece en el lenguaje, del mismo modo que George Steiner³ sostenía que el acto del habla presupone una dimensión ética. Desde Sócrates hasta Hannah Arendt, el pensamiento ha pretendido ser el diálogo silencioso de cada individuo consigo mismo. Por tanto, escribir no es producir textos, escribir es transformar mediante la inteligencia un trabajo que adquiere cuerpo en el lenguaje. Entonces no es lo mismo el que escribe y el que es escritor; el escritor es aquel que ha convertido el lenguaje en una disciplina del pensamiento. Si el que escribe se emancipa de cualquier exigencia intelectual, de un diálogo riguroso con la tradición y sus problematizaciones culturales, el que escribe podrá autopercebirse como se le antoje, mas no como un escritor. No hay elitismo en este argumento, es más bien la confrontación cabal entre el acto material de producir palabras y la formación intelectual que convierte la escritura en una forma de conocimiento.

II

No solo en la cultura occidental se les ha concedido un lugar privilegiado a quienes trabajan con la palabra. Incluso antes del surgimiento de la novela en el sentido moderno o de la idea misma de literatura como cuerpo y crítica, aquellos que “administran” las palabras han sido algunos de los responsables de la preservación de la memoria. De lo cual se deduce que la escritura era y es una forma de conocimiento.

Cuando en el *Fedro* Platón pone en boca de Sócrates el mito del dios egipcio *Theuth*, la escritura aparece como un remedio para la memoria. El rey *Thamus*

³ Steiner, G. (1989). *Real presences: Is there anything in what we say?* University of Chicago Press.

rechaza el alfabeto porque a través de él la escritura no fortalecerá la memoria, es decir, los hombres dejarán de recordar por sí mismos y confiarán al recuerdo un soporte exterior; creerán poseer sabiduría cuando apenas dispondrán de información. Hay que decir que lo que inquietaba a Platón no era la escritura como dispositivo tecnológico sino la posibilidad de que los seres humanos sustituyeran el ejercicio de pensamiento por un procedimiento de orden exterior. La analogía de este argumento con lo que hoy acontece con la inteligencia artificial no debe pasar desapercibida.

Aristóteles, en las antípodas del pensamiento y el lenguaje, concebía el conocimiento no como acumulación de datos, sino como una forma de crear hábitos. De modo que escribir es un hábito intelectual que se ejecuta desde el juicio crítico. Quizás por eso Montaigne no se cansaba de afirmar que él mismo era la materia de sus ensayos. Cuando una sociedad —como la cubana, por ejemplo— degrada sus palabras, degrada también la posibilidad de comprenderse y comunicarse.

Sin embargo, en la cultura digital estas diferencias parecen desdibujarse, una vez que la velocidad de circulación de las imágenes y del lenguaje está en función de una productividad. El volumen sustituye el tiempo de la elaboración, así como la productividad cede a la lógica de la performatividad permanente. *Byung-Chul Han* ha descrito este fenómeno como una de las características centrales de la sociedad del rendimiento. De lo cual se deduce que el sujeto contemporáneo no vive ya bajo la disciplina de las prohibiciones sino bajo una obligación esquizoide de productividad; todo, incluso el ocio, es rendimiento, todo se puede convertir en contenido, incluso la escritura. El solo hecho de presuponer esta lógica implica que el escritor comienza a “desdibujarse” incluso antes de la instalación de la IA como dispositivo. El software solo perfecciona aquello que la cultura —de masas o la cultura de la reproductibilidad a la que hacía referencia Benjamin— había comenzado a exigir.

Por eso, más allá de preguntarnos para qué sirve un escritor, la pregunta también sería no si una inteligencia artificial puede escribir una novela, sino si esta pudiera seguir llamándose literatura.

III

De Homero, a Cervantes, a Shakespeare, a Dostoievski, a Borges, a Kafka o László Krasznahorkai, lo que nos interesa es cómo cada uno de estos escritores ha modificado el lenguaje, cómo ha ampliado el campo del pensamiento, cómo ha permitido mirar desde una perspectiva que antes no existía. No se trata de producir libros; se trata, creo, de gestionar nuevos espacios en la conciencia.

El espejismo que ha traído aparejado la democratización tecnológica ha creado también el espejismo de la escritura. No se trata de minimizar la forma en que la tecnología modifica una cultura; la historia puede dar cuenta de cómo la imprenta transformó el modo en que se consumía el conocimiento; lo relevante aquí es cómo la sociedad y los dispositivos de poder confunden el instrumento con la inteligencia que debía gobernarlo.

Desde 2022, los modos generativos del lenguaje han potenciado un fenómeno cultural sin precedentes. Desbordados y entusiasmados, millones de personas le pidieron a la máquina que escribiera por ellos⁴. Si la máquina escribe, entonces la máquina piensa, de lo cual parece deducirse que existe⁵. Esta presuposición parte de una conclusión precipitada. Si bien escribe y piensa, entre ambas afirmaciones hay un salto lógico que muchos filósofos de la cognición han considerado injustificado.

En 1980, John Searle publicó su experimento mental, la “*Habitación China*”,⁶ en donde una persona encerrada en una habitación con un manual de instrucciones recibe preguntas escritas en chino desde el exterior de esa habitación. Aunque no

⁴ Cal Newport. What kind of mind does ChatGPT have? [What Kind of Mind Does ChatGPT Have? | The New Yorker](#). John Cassidy. How to survive the AI revolution? [How to Survive the A.I. Revolution | The New Yorker](#)

⁵ Hago una digresión que me propone mi colega y amigo Julio Lorente a propósito del ludismo que tuvo a Inglaterra como centro entre 1811 y 1816 en el contexto de la Revolución Industrial. No hay en estos argumentos un fundamento contra lo que la IA supone como herramienta. En todo caso, lo que nos interesa es la falsificación ontológica de un campo tan subjetivo, personal y profundo como es la producción literaria individual. A diferencia del ludismo, que creía que las máquinas destruirían la capacidad humana de producir por sustitución y degradarían al hombre a un medio productivo mínimo, lo que en realidad proyectaba este movimiento era un miedo profundo al futuro como una negación técnica del hombre por su impotencia productiva al lado de la máquina. La crítica a la IA se distancia de este marco argumentativo; lo que la IA está operando no es una sustitución productiva; en todo caso, lo que se sustituye es una productividad que cobra una vitalidad falsamente ontológica.

⁶ The Chinese Room by John Searle from: *Minds, Brains, and Programs* (1980)

conoce el idioma, el manual le indica qué ideograma debe devolver en cada caso. Para quienes observan desde fuera, las respuestas parecen demostrar que la persona en el interior de la habitación comprende el chino, sin embargo, no es así. El sujeto de la habitación solo ejecuta una manipulación formal de símbolos, de lo cual se deduce que no hay comprensión. La conclusión de John Searle es lapidaria: la sintaxis no produce semántica, lo cual significa que organizar correctamente las palabras no significa comprender aquello de lo que se habla. A la IA —como dijera *Byung-Chul Han*— no solo no se le pone la piel de gallina, sino que lo que sí hace es calcular las probabilidades estadísticas en torno a la palabra adecuada.

Emily M. Bender y Timnit Gebru en “*On the Dangers of Stochastic Parrots*”⁷ (2021) han defendido esta distinción. Para los autores de este *paper*, los modelos de lenguaje —lingüística computacional— funcionan como “*loros estocásticos*”, es decir, sistemas de recombinación que no comprenden el significado de lo que producen. Más que una inteligencia, asistimos a la conformación de un dispositivo de predicción estadística sofisticada, pero predicción, al fin y al cabo. Y aunque no cabe duda de la utilidad de la herramienta, lo cuestionable sigue siendo la antropomorfía que se le atribuye a su comprensión. Noam Chomsky, Ian Roberts y Jeffrey Watumull⁸ retomaron este argumento en un ensayo publicado en 2023 en donde establecen dos formas radicalmente diferentes de inteligencia. La primera intenta explicar el mundo, la segunda intenta reconocer regularidades estadísticas.

Los que escriben, dado que ser escritor es definitivamente otra cosa, han visto una tentadora golosina en esta herramienta. Primero solicitan generar un texto, después realizan pequeñas modificaciones estilísticas y, como resultado, en menos de lo que uno es capaz de imaginar, el tornero fresador tiene un libro de ochocientas páginas. Lo que desaparece entonces no es la escritura, lo que desaparece es el proceso intelectual que soporta la existencia de un libro. Si el “autor” del latín *auctores* es aquel que hace crecer o funda algo nuevo, ¿quién es el autor entonces?

⁷ On the Dangers of Stochastic Parrots: Can Language Models Be Too Big? Emily M. Bender, Angelina McMillan-Major, Timnit Gebru, Shmargaret Shmitchell. Conference on Fairness, Accountability, and Transparency (FAccT '21, March 3–10, 2021)

⁸ The False Promise of ChatGPT di Noam Chomsky, Ian Roberts e Jeffrey Watumull <https://share.google/NcjorXoumg9ZwWg7W>

Luciano Floridi⁹ —a quien he leído detenidamente— ha señalado que el principal desafío filosófico de la IA no radica en la capacidad de crear máquinas inteligentes sino en preservar las condiciones a partir de las cuales los seres humanos continúen ejerciendo su autonomía intelectual. Y Floridi lleva razón una vez que cada función que es delegada y deja de ejercitarse —como cuando vamos al supermercado y en vez de ver a una cajera, terminas haciendo *self-checkout*, o el uso excesivo del GPS que debilita la orientación espacial— pone en perspectiva el sentido de la pérdida. No es que la máquina escriba, es que los humanos dejan de hacerlo.

Positividad, rendimiento y la eliminación de toda resistencia son los signos de la cultura contemporánea según *Byung-Chul Han*. El pensamiento exige precisamente todo lo contrario; el pensamiento requiere lentitud, incertidumbre, fracaso, silencio y, sobre todo, participar más que de un tiempo, de una temporalidad. Nada nace de la aceleración; solo lo efímero y, por demás, lo intrascendente proceden de este campo. La escritura precisa de una relación prolongada con el lenguaje y la temporalidad.

IV

La expresión *epidemia de escritores* diagnostica y constata el hecho de vivir en una época en la que la escritura ha dejado de ser un oficio para convertirse en una posibilidad generalizada. Lo único que media entre producir un libro o un ensayo —nótese que digo producir y no escribir—no es ya ningún proceso de legitimación intelectual sino el solo hecho del deseo de hacerlo. Este fenómeno genera una paradoja; mientras más se multiplica la “escritura”, más se diluye el escritor, como autor. Lo que ocurre es que lejos de intensificarse la experiencia literaria, se inflama el lenguaje, instalando una profunda confusión entre escribir y ser escritor. Por eso el “amigo” de Facebook declina una invitación para sostener un debate *face to face* con *el niño prodigio*, argumentando su pudor frente al algoritmo. Lo que todos imaginan —desde el que le retira su amistad, el que lo bloquea y hasta el que sencillamente ni le presta atención— es que fuera de la *golosina-herramienta*, sencillamente no funciona. Es decir, lejos de interesarle el debate, la formación

⁹ Luciano Floridi (2023) *The Ethics of Artificial Intelligence: Principles, Challenges, and Opportunities* Oxford University Press.

intelectual, la crítica, la problematización cultural y teórica de un problema, su escritura está concebida como un acto de producción inmediata, un acto que precede al pensamiento y que modifica lo que significa pensar. Por eso, fuera del uso de la herramienta, no existe; solo y a través de ella es que puede dar cuenta de sí, como Berkeley y sus percepciones.

De lo anterior se deduce que toda transformación de la escritura presupone una transformación en la figura del autor, es decir, una mutación profunda entre pensamiento y lenguaje. No es solo el hecho de la herramienta de escritura, es la confirmación de una subjetivación que obedece al algoritmo del *operador de prompts*. Aunque esta figura no ha sido conceptualizada en el campo literario o filosófico más allá de su circunscripción profesional —*prompt engineer* es un profesional que crea y prueba instrucciones para la inteligencia artificial—, ha recibido un impulso significativo en la cultura contemporánea. El *operador de prompts* no es un escritor en el sentido clásico, mucho menos es un editor, menos aún un usuario del dispositivo; la función del operador es formular instrucciones para que un sistema X escriba en su lugar.

Cuentan que *Gustave Flaubert* en una oportunidad, dedicó toda una mañana tratando de discernir donde debía colocar una coma en uno de sus textos para pasar toda la tarde pensando si debía retirarla. Esta anécdota, real o no, pone en perspectiva el sentido obsesivo de la escritura. Si el escritor a través de su página en blanco —la Patria del escritor según Reinaldo Arenas— corrige, abandona, reescribe y tacha, el operador introduce una lógica distinta. Lejos de ser exploratoria, lejos de experimentar la incertidumbre que produce la página en blanco, el operador traza directivas, es decir, se crean las condiciones específicas para la generación de un texto. No solo es corrección de estilo o estructura, es delegar a un operador la producción misma del discurso.

V

Jorge Luis Borges decía que escribir era un modo de soñar sinceramente. Porque soñar es imaginar, es ver o al menos intentar ver *“El Aleph”*, que no es otra cosa que una metáfora poética sobre la infinitud, la memoria y la percepción. De modo que el escritor nunca podrá ser aquel que reduce su ejercicio a la producción de textos, sino aquel que establece una relación profunda con el pensamiento y el lenguaje. No es casual que los regímenes totalitarios como el comunismo y el fascismo hayan temido siempre a los libros y hayan alimentado sus hogueras infinitas intentando controlar las palabras y la imaginación.

Como en todo proceso, la decantación hará de las suyas. En la fermentación de las uvas, el residuo termina separándose del vino, el sedimento desciende y el vino encuentra su transparencia; tanto la escritura como el escritor no escapan de este destino. El tiempo termina siempre separando el ruido de la obra.

Para quienes hemos escapado de regímenes totalitarios, sabemos el valor y el significado de la libertad. Es legítimo entonces que exista el tornero fresador, la rubia de bote, el “amigo” de Facebook que confunde extensión con profundidad, el trol pelotero o aciclonado. Ahora, los editores decidirán si prefieren sucumbir a la inmediatez o seguir jugando al gato por libre y al pollo por pescado. El tiempo, el corrosivo tiempo que todo lo consume, será el encargado del juicio definitivo. La literatura, el pensamiento, la escritura no se deciden en las redes, mucho menos en el algoritmo, se deciden en el tiempo. Y el tiempo, ya lo sabemos, no premia la urgencia. Toda impostura terminará cubierta de polvo, como cada palabra encontrará su lugar. Los libros, como los buenos vinos, no sobreviven por ser consumidos, sino por haber resistido el paso del tiempo.